

Ahora bien, las concepciones normativas del preconsciente colectivo latinoamericano, que contribuyen a definir de modo taxativo y supraideológico las metas de desarrollo, han sido adaptadas seguramente de la tradición del mundo occidental:

1. la consecución del nivel tecnológico-económico de los centros metropolitanos por medio de una industrialización masiva y acelerada, y
2. la ampliación y el fortalecimiento del Estado nacional respectivo.

La adaptación de valores normativos tomados de instancias exteriores requiere, además de una ideología justificativa que haga aceptable y aparentemente legítima tal adaptación. Este aspecto denota importantes variables según el punto de vista ideológico-político; la mentalidad colectiva latinoamericana ha elaborado, sin embargo, dos justificaciones generales de aquella adaptación, las que tienen además un alto valor instrumental:

1. la idea de que el progreso tecnológico-industrial es un proceso universal, común a todas las culturas, con el carácter de una ley natural y sin examinar sus vínculos con la tradición occidental, y

2. la tendencia a revalorizar el aspecto político y cultural de las tradiciones propias latinoamericanas, especialmente las actitudes tradicionalistas, las pautas de comportamiento y los elementos autoritarios de la tradición ibero-católica. A este último respecto, es posible afirmar la existencia de una constelación histórica única, en la cual valores y pautas tradicionales exhiben, señaladamente a corto plazo, una aptitud excelente para poner en ejecución las metas del desarrollo del preconsciente colectivo, particularmente por medio de un aumento acelerado de la población y de la minimización de la problemática ecológica. Simultáneamente, la preservación de valores tradicionales en el campo político-cultural sugiere la creación de un modelo autóctono de desarrollo, haciendo así soportable la adaptación de ideales normativos de origen no-autóctono en otros campos.

Las metas normativas de desarrollo en la conciencia colectiva latinoamericana están ligadas, por otra parte, a una racionalidad instrumentalista y a una tendencia fundamentalmente pragmático-utilitarista, a causa justamente de su carácter prelógico y de su proveniencia heterónoma; los fines mismos que se pretende alcanzar por medio del desarrollo acelerado y los objetivos ulteriores de cada sociedad no son, generalmente, el resultado de esfuerzos autónomos de razonamiento. La actividad científica e intelectual muestra entonces, al igual que en las sociedades metropolitanas, una marcada inclinación por la elaboración de medios, instrumentos y procesos eficientes y rentables con respecto a fines que quedan librados, muchas veces, al arbitrio político de turno: la tarea de los científicos sociales, por ejemplo, se limita a dar un barniz de verosimilitud científica a los anhelos y prejuicios del preconsciente colectivo, junto con el toque ideológico de moda.

Dada la fuerza normativa de las metas de desarrollo, se puede constatar que todo el complejo de la cuestión poblacional y ecológica, incluyendo alternativas políticas de desarrollo, exhiben la tendencia a ser *subordinadas* a aquellas metas y a ser juzgadas primordialmente por su valor instrumental al tratar de alcanzarlas en el plazo más breve y al precio más bajo.

Esta relación entre metas de desarrollo y política ecológico-poblacional denota una

clara negligencia por la problemática del desenvolvimiento económico a largo plazo, por los desequilibrios ecológicos causados por los procesos tecnológico-industriales y por los desarreglos socio-psicológicos que pueden derivarse de la degradación del medio ambiente y de la explosión demográfica.

En lo que atañe a los problemas económicos y políticos, la reducción del quehacer intelectual a la racionalidad de los medios y a la especulación a corto plazo genera serias consecuencias: a) en la formulación de una ciencia social latinoamericana con tendencias autonomistas; b) en la elaboración de programas partidistas, políticas gubernamentales y pautas de asociación internacional, y c) en las ideas rectoras de las élites funcionales latinoamericanas —empresarios, militares, periodistas, estudiantes, dirigentes sindicales, etc.—, en cuyas manos se halla ciertamente la dirección del modelo latinoamericano de desarrollo.

En lo que se refiere a la ciencia social latinoamericana, su aporte actual más importante, *las teorías de la dependencia*, exhiben claramente una ideología tendente a justificar el desarrollo económico-tecnológico acelerado por medio de una industrialización forzada. Estas teorías han producido, evidentemente, un importante aporte al saber científico al elucidar ciertos aspectos de las relaciones de dominancia/dependencia entre centros y periferias mundiales, pero tienden, al mismo tiempo, a identificar exclusivamente situaciones de dependencia con los límites a su reproducción ampliada, a su industrialización y a su desenvolvimiento autárquico, límites que se los supone impuestos únicamente por parte de los centros metropolitanos. En cierto modo, su marco conceptual de referencia sigue siendo la cultura de los centros dominantes: la acumulación de capital y la industrialización hasta llegar a alcanzar una industria pesada y de bienes de producción dentro de un modelo relativamente autárquico y autocentrado son *el* parámetro por el cual se juzga el éxito o el fracaso de todo proceso histórico en las periferias mundiales. La cualidad de subdesarrollo deviene, en el fondo, la distancia que separa la facticidad latinoamericana de los standards metropolitanos, concebidos tácitamente como normas: bajos índices de crecimiento anual del producto interno bruto y de los ingresos *per capita*, bajo nivel de desarrollo industrial, debilidad de los diferentes estados nacionales, falta de investigación científica y tecnológica, etc.

Las medidas postuladas por los teóricos de la dependencia para salir del subdesarrollo están referidas a las metas normativas ya indicadas (industrialización y fortalecimiento del Estado nacional); por tanto, una parte considerable de la actividad teórico-analítica está dedicada a legitimizar modelos de desarrollo acelerado, descuidando la cuestión de los costos sociales y humanos de tal proceso, a justificar un acrecentamiento notable de los índices demográficos, presuponiendo que una población numerosa es la base de todo progreso permanente, y a minimizar los desequilibrios ecológicos, considerando que la preocupación por la contaminación ambiental, por la degradación de la naturaleza y por el agotamiento de recursos naturales es un lujo innecesario para los intereses del Tercer Mundo. La explosión demográfica llega a ser considerada positivamente, como cuando *Samir Amin* la califica de «expresión de la madurez del Tercer Mundo y de su necesidad de desarrollo»; la degradación de la naturaleza llega a perder toda connotación tecnológica en sentido específico, para

convertirse en un asunto ideológico-político, resultando todo fenómeno negativo en el Tercer Mundo como un producto exclusivo de la agresión capitalista (*Josué de Castro*).

Un proceso paralelo puede constatarse en el ámbito de los partidos políticos, la Iglesia y el Estado. En los programas de los partidos políticos tradicionales (hasta 1950 aproximadamente) la atención estaba centrada alrededor de aspectos doctrinales, político-ideológicos, organizativos y educacionales; naturalmente que la consecución del progreso material formaba parte esencial de tales programas, pero estaba formulada en términos más bien vagos y generales. Si había alguna mención explícita a la industrialización, ésta estaba delimitada al procesamiento de materias primas; el fomento de la producción y comercialización de estas últimas aparecía como punto central del programa económico-industrial. En aquellos programas se buscaría vanamente alguna mención a la problemática ecológica y muy raramente una apología de la población numerosa como prerrequisito de desarrollo.

En los programas políticos actuales, sin embargo, y también en las manifestaciones programáticas de los gobiernos y de la Iglesia católica, las menciones específicamente *industrialistas* ocupan ya una posición preeminente; «la industrialización, plena y auténtica», una industria de bienes de producción y no meramente de bienes de consumo y una política de comercio exterior congruente con estos postulados se han convertido en lugares comunes de toda ideología política, diferenciándose solamente el régimen de propiedad y la configuración de la esfera propiamente política. Estos programas incluyen entre sus metas el fortalecimiento del Estado nacional (la «dignificación del país» dentro del concierto de las naciones) y medidas colaterales que coadyuven a estos dos grandes objetivos, especialmente el fomento de un rápido crecimiento demográfico.

Dada la actualidad de esta temática, es en las declaraciones de carácter oficial de los gobernantes, en las exhortaciones de la Iglesia católica y en las opiniones prevalecientes dentro de las élites funcionales donde se puede apreciar claramente que el complejo ecológico-poblacional va adquiriendo una función claramente subordinada e instrumental con respecto a las metas de desarrollo del preconsciente colectivo. Es en estas esferas donde más se afirma que no hay tal sobrepoblación en América Latina, que recién una población de magnitud considerable ayudará a resolver los problemas del subdesarrollo, que las preocupaciones ecológicas son un lujo propio de intelectuales pesimistas y desocupados, que «los recursos naturales distan mucho de estar agotándose» (*Miguel A. Ozorio de Almeida*), que las naciones latinoamericanas podrían «fácilmente» alimentar una población mucho mayor que la actual (*Juan D. Perón*), que el avance de la ciencia y la tecnología solucionará todos los posibles problemas (*R. Losada Aldana*) y que una población numerosa garantiza y reafirma la «soberanía nacional» (programática de diversos grupos cristiano-nacionalistas).

El hacer pasar medios e instrumentos de desarrollo por el fin último que se quiere alcanzar, la adopción del pensamiento utilitarista pragmatizado y la conservación de momentos tradicionales, autoritarios e iliberales de la tradición iberocatólica como aspectos de una cultura política autónoma y original han producido en el área latinoamericana aquella mezcla híbrida y ecléctica de civilización que, unida a la despreocupación por el complejo ecológico-poblacional, pondrá a largo plazo en